

Carlos Charlín Correa

Tríptico

UN HOMBRE DE CIENCIA. — UN HOMBRE DE LETRAS.—UN HOMBRE DE FE

El Doctor Víctor Morax

(Homenaje rendido en la sesión celebrada en memoria del Dr. Víctor Morax, por la Sociedad Chilena de Oftalmología, el 5 de junio de 1935).



CABA de morir el Dr. Víctor Morax, sin duda el oculista que con Lagrange, ha tenido más personalidad y marcado con más honda huella la oftalmología francesa en el presente siglo.

Tuve el honor de ser su alumno hace veinte años, exactamente hace veintidós años y quiero recordarlo para ejemplo de todos.

Fuí por primera vez al Hospital Lariboisiere, al servicio del «Pere Morax», el mejor servicio de París entonces, una mañana de invierno, con neblina así como ésta; no recuerdo quién me encaminó allá. Llegué sin carta de recomendación. Me encontré con un caballero

gordito, de barba en punta, de delantal blanco, de gorra blanca, abrigado con una pelerina azul. Sus ojos pequeñitos, de un brillo extraordinario, movedizos, chispeantes, que sonreían y que también parecían reírse del prójimo, denunciaban la constante actividad del intelecto. Me tendió la mano y me dijo «Vous etes du Chili, mas c'est loin ca, c'est en Amérique du Sud, je crois. Eh! bien vous venez travailler; tres bien, travaillez». Se acabó la ceremonia y pasé a tomar sitio detrás del maestro, entre su corte de oculistas franceses, americanos, japoneses, algerianos...

Morax llegaba a las nueve de la mañana, con una gran cartera ministerial debajo el brazo; allí llevaba desde su casa al hospital y del hospital a su casa, los trabajos que tenía entre manos. Nunca dejaba de tener algo en astillero. Le encantaba el Laboratorio—(era al mismo tiempo profesor del Instituto Pasteur y Director del servicio de Lariboisiere)—pasaba una buena hora en la Clínica ante el microscopio ya en trabajos de bacteriología o histopatología. Ambas actividades no fueron meros pasatiempos, flirteos, jugueteos científicos. Tal vez sea el oftalmólogo que mayor contribución haya aportado a la bacteriología, en los últimos treinta años; citaremos de paso además de sus inmortales trabajos sobre el diplobacilo, la conjuntivitis angular, sus publicaciones sobre el tracoma, la conjuntivitis de piscina, conjuntivitis folicular, linfogranulomatosis maligna ocular, oftalmía simpática, oftalmía neo-natorum, conjun-

tivitis de Parinaud, conjuntivitis producida por el micrococo catarral, etc.

En cuanto a sus aficiones histopatológicas, dieron como fruto sus magníficas obras: «Pathologie Oculaire» y «Le Cancer de l'appareil visuel», textos de consulta que no faltan en ninguna biblioteca de la especialidad.

Era un laboratorista, y tal vez esta inclinación lo hacía tener en gran estima el estudio de las afecciones externas. No se inscribía ningún enfermo en Lariboisiere, sin que fuera presentado al Pere Morax.

Iniciaba la mañana recibiendo la consulta externa. Allí aparecían sus cualidades fundamentales clínicas.

Primero: la rapidez «du coup d'oeil». Miraba sonriente un segundo y ya había visto en el conjunto de anomalías, que constituye un cuadro clínico, lo esencial. En un segundo sus ojitos brillantes habían hecho la disección de la sintomatología y dejado en el primer plano el signo patognomónico, y cual dardos habíanse clavado en la fama. Después de veinte años tengo bien presente dos casos característicos.

El doctor examina un enfermo con úlcera corneal, observa la úlcera con detención un rato y luego después sin decir palabra, rápido agacha la cabeza del paciente y principia a separar con gran cuidado el pelo y a inspeccionar el cuero cabelludo «Ah! voila!» dice y nos muestra lo que buscaba, una formación costrosa propia del herper zoster.

Se trataba de una queratitis ulcerosa herpética.

Otra vez examina un niño con una blefaritis aguda

extraña. De repente levanta bien arriba la manga de uno de los brazos del chico y descubre una vacuna brotada.

Se trataba de una blefaritis vaccinal.

Segundo: la concisión. Hablaba poco, a medias palabras y decía justo lo necesario, casi en estilo telegráfico. Este amor de la concisión y de la simplicidad se revelaba hasta en la firma de sus artículos, que publicaba en alemán, inglés, español: V. MORAX, ningún título, nada; el título era su nombre y quien sabe si esta modestia era humildad orgullosa. Cuando le mandé mi primera colaboración para «Les Annales d'Oculistique» me presenté con todas mis condecoraciones: jefe del servicio de Oftalmología del Salvador, profesor extraordinario de Oftalmología, ex ayudante de Oftalmología del Hospital Lariboisiere. El artículo salió sólo con mi nombre, pero como era totalmente desconocido, fué magnánimo el Pere Morax, agregó, Santiago-du-Chili.

Tercero: la sensatez. Su mente era de un equilibrio perfecto. No aceptaba fantasía ni divagaciones, ni palabrerías, ni lucubraciones. Empezaba un ayudante a exponer el caso con grandes circunloquios y el Doctor interrumpía «au fait monsieur, au fait monsieur» y de dos reveses liquidaba el problema clínico.

Era de una sensatez sanchopancesca, que sorprendía y lo dejaba a uno perplejo. «Au fait, au fait» decía, como señal de alarma, haciendo un llamado, para juntar

las ideas, cual tropa dispersa que en desbande, preparaba el error, la derrota.

De la consulta de afecciones externas, pasaba a la Refracción y Oftalmoscopia. También allí todas las cosas le eran consultadas. No era el profesor que muy de tarde en tarde, cual emperador alterna con sus subditos. No, este era un rey «bon homme» que se codeaba a cada rato con uno, era un rey que andaba sin corona, como cualquier transeúnte. Pero esta bonhomía no impedía que de vez en cuando, el monarca de Lariboisiere, golpeara el suelo con su cetro.

Aquí en esta sección aparecía también el gran clínico: rapidez de concepción, erudición, buen sentido, resolución.

Recuerdo que un día me llamó y me dijo: «Examine este enfermo», se trataba de una papilitis. «Est-ce un oedeme ou une nevríte?» me preguntó a quemarropa, después del examen oftalmoscópico; empecé por darle detalles de la papila, que hablaban en favor del edema. «Mais» me interrumpió, «ne regardez donc par la papille monsieur, regardez la tete du malade, s'il vous plait». Mi enfermo tenía un cráneo en torre. Y agregó «Il y a des gens fous pour les petits details et qui oublient les grandes lignes».

Dos o tres veces a la semana operaba. Morax era un gran operador. Tenía gran predilección por la cirugía plástica, sobre todo después de la guerra. También le preocupaba mucho la cirugía del glaucoma. A esta

afección le dedicó largos estudios y fruto de esos es su obra tan conocida «*Glaucome et glaucomateux*».

Si algún tiempo le sobraba, pasaba a su pequeña biblioteca. Era un erudito, leía mucho, todo lo que aparecía de importante en la especialidad, pero jamás hablaba de sus lecturas. Cuando publicaba algo se limitaba a decir, lo que él había visto, pensado o hecho y no lo que había leído.

Arrancaba de lo libresco como del demonio. Para él, el mayor enemigo de la investigación, es decir de la ciencia de verdad, es el libro. Consideraba que la única labor científica real, es la que nace de la observación propia de la naturaleza—y quizás esto sea también valedero para la producción artística y literaria.

Era un gran observador y cuanto observaba lo anotaba. Examinaba al enfermo con papeleta y lapicera en mano. Después reunidas estas anotaciones imparciales, material clínico riquísimo, daban lugar a esas comunicaciones que regularmente publicaba la prensa oftalmoscópica, que tenían un sello personal inconfundible.

Bastaba ver la concisa firma. V. Morax, para saber que allí venía algo substancioso, original, rico.

Fué Director de los «*Annales d'Oculistique*», durante treinta años, cuidando así, la alta cultura de la especialidad. Al mismo tiempo lo preocupaba la cultura inicial oftalmológica, y facilitaba los primeros pasos del especialista, con sus «*Manuel d'Ophthalmologie*», que alcanzaron varias ediciones.

Y toda esta labor inmensa la realizó sin ningún título oficial, simplemente como V. Morax, porque hasta su título de doctor lo suprimía.

Sólo agregaré para terminar, que además de ser un hombre erudito, sabio, hábil, diligente, constante, incansable, era bueno y porque era un hombre bueno, después de veinte años lo recuerdo filialmente y cuando supe su muerte me pareció que perdía un pariente querido y se me hizo un nudo en la garganta. Con el maestro se iba también mi juventud.

Eduardo Solar Correa

Carácter singular, personalidad recia. Su vida fué una línea recta, rígida, inflexible, una flecha que inicia su trayectoria hace veinte años y bruscamente, cuando ascendía más y más se detiene y cae.

Recibido de abogado, entrega el diploma a su padre y entra a un colegio como profesor de castellano; es su vocación. Vocación extraña, sus amigos no comprenden, sus parientes no se explican. ¿Qué le ofrece este camino árido y oscuro? Nada de lo que buscan los demás, ni placeres, ni honores, ni fortuna.

Este fué el primer signo de la fortaleza de su espíritu y de la independencia absoluta, total, de su criterio.

A nadie consulta, ni a nadie oye. Se ha hecho su composición de lugar, ha escogido su sendero y como su cuerpo frágil está armado de una alma fuerte y valien-

te, nada le importa ser un caminante solitario. Ni sabe que anda solo.

Pasa años enseñando modestamente el idioma patrio a los niños, y los niños al principio no lo comprenden. Va penetrando cada vez más hondamente en la materia enseñada; la belleza del idioma lo conquista y después, otra etapa, emprende la conquista del idioma. Entonces aparecen uno tras otro sus magníficos libros de lectura.

Ya el profesor «amateur» consagrado en su colegio, es consagrado en los otros colegios y después, hecho inaudito, estos libros de un profesor católico, «reaccionario» y «obscurantista», sin diploma, son aceptados por los Liceos del Estado, solicitados por varios países del continente y por la Madre Patria.

Al profesor «aficionado» le rinden pleitesía todos los pedagogos oficiales «diplomados» de la República, y un buen día la Universidad, el Instituto Pedagógico, otro hecho inaudito, le entrega una cátedra, la enseñanza de la Estética Literaria.

Es un erudito en filología, pero es un erudito artista, rara simbiosis.

Goza con la etimología, la sintaxis, la lexicología, la corrección de la frase, pero de este placer técnico asciende y llega a saborear brebaje más espirituoso y aromático; contempla la armonía del período, la profundidad del concepto, la espontaneidad y la gracia de la imagen, la disciplina del discurso, la lógica del raciocinio, el encadenamiento de las ideas, la simplicidad, la na-

turalidad del decir, en fin, asciende del tecnicismo a la literatura, y llega al pórtico de la diosa, y penetra en el templo de la belleza.

De la crisálida ha nacido la mariposa, del profesor de castellano ha nacido el literato.

En este segundo ciclo escribe, e inmediatamente queda consagrado el artista, en todos los cenáculos nacionales. Es elegido vicepresidente de la Academia de Bellas Letras de la Universidad Católica.

Pero es un literato que no ha dejado de ser profesor, es un artista que sigue siendo un técnico; se aplica a sí mismo lo que enseña a sus alumnos: método en las lecturas, graduación en los conocimientos, disciplina en el trabajo, constancia en el esfuerzo.

Durante largos años estudia la época prerrenacentista, en la madre patria, la Edad de oro y pocos hombres en Chile, muy pocos, conocían sus clásicos como Eduardo Solar, aquí donde los clásicos son menospreciados hasta por hombres de letras.

Con este trato diario enriquece su vocabulario, castiga la frase, purifica el gusto.

En seguida aborda los románticos, los modernos, los contemporáneos.

En su marcha, el caminante solitario no se detiene, sube la otra cuesta, amplía su horizonte. Aprende francés con tenacidad, cultiva este idioma hasta dominarlo y entonces aborda «le grand siècle»; el siglo XVIII, el siglo filósofo; el siglo XIX, que nace puro, ingenuo, romántico y muere envenenado, sensual y materialista.

Siente en él un vacío: no conoce el latín. Va de colegio en colegio, de convento en convento, en busca de un latinista. Obtiene, al fin, por favor, lecciones, pero el maestro extranjero un buen día se va y Eduardo Solar queda inconsolable, comprende que no conocerá ya el verdadero clasicismo, el humanismo grecolatino en sus fuentes. Ha muerto con esta gran pena.

«El Estado, decía, me ha impedido completar mi formación intelectual»

Eduardo Solar alcanza los 40 años, llega a la madurez, el profesor se ha hecho literato; ahora el literato, sólo ahora, se hace crítico y publica sus «Semblanzas Literarias».

Un colega de letras y crítico, ha escrito en «El Mercurio»: «Eduardo Solar era el primer crítico literario de la actual generación». Recibe, pocos meses antes de morir, la medalla de oro de la Academia de Roma.

Este espléndido desenvolvimiento del intelecto, esta armónica construcción del espíritu tal vez ha sido posible, porque el edificio hincaba sus cimientos en una vida metódica como la de un colegial, austera como la de un monje.

No hay sabiduría sin pureza y tal vez no haya belleza de verdad, sin bondad.

Cuántas veces en Peñalolén, a la sombra de las encinas y al ruido de las aguas, se planteó esta gran cuestión.

No pidió a nadie, nada; ni recurrió a sus relaciones

familiares o sociales, ni se alistó en ninguna asamblea política, ni se afilió a ninguna secta, ni intrigó en círculos o cenáculos. ¿Para qué? Nombrado profesor universitario, un año no se consulta la partida del presupuesto para su cátedra, queda sin sueldo; sigue indiferente haciendo clases.

Únicamente usó un arma, el trabajo. Rígido, a veces áspero, y siempre sin vacilación, avanzaba.

Pero este empecinamiento en seguir sólo su surco, no lo aislaba del mundo. Atento a la vida política nacional, observaba el mundo y la observación del mundo lo afirmaba en sus ideas patriarcales de Dios, Patria y Familia.

Las tardes de invierno se envolvía en una vieja capa española y leía sus clásicos. Los domingos, durante el oficio religioso, leía los salmos.

Cuando entré a su escritorio después de su muerte, encontré el tomo de los Escritores Españoles, correspondiente a los Poetas Líricos de los siglos XVI y XVII, con una seña. En el suelo había un paquete de la Librería Perrin de París, aun no abierto. Lo abrí y contenía.

«La Civilisation Byzantine», por S. Runcimán.

«Leonard de Vinci (La gráce)», por R. Bayer.

«Histoire de la Philosophie», por A. Fouillée.

«La Pensée et le mouvement», por Bergson.

«L'art italien au XIIIem. siecle», por la La Fenestre.

Eran sus próximas lecturas.

De la literatura su espíritu había emprendido el vuelo hacia el estudio de la historia universal, la filosofía y la estética.

Estaba corrigiendo las pruebas de su último libro en prensa, cuando crujió la puerta del escritorio y entró la muerte. La miró sorprendido, pero sereno; se arrodilló; «Jesús mío, perdón, misericordia», murmuró, ¡hizo la señal de la cruz y cerró los ojos!

Monseñor Luis Silva Lezaeta

Alto, la cara enjuta, la frente pálida, la órbita en sombras, la mejilla hundida, lo vimos por vez primera en su biblioteca de la sede episcopal de Antofagasta.

Empero este cuerpo enfermo no estaba abatido, no era un vencido; los ojos luminosos de claridad interior, la mirada fuerte y resuelta atestiguaban que si la materia se doblegaba, el espíritu fiero permanecía erguido, victorioso, dominando el naufragio.

¿Acaso la llama arde con menos brillo cuando el cristal está trizado?

Se sabía condenado a una muerte próxima y me habló con entusiasmo alegre de las nuevas obras de beneficencia que iba a emprender.

Proyectaba construir una nueva Clínica, un servicio de Oftalmología, y al saber su costo aproximado de ciento cincuenta mil pesos, se concentró en sí mismo, cerró los párpados, echó un segundo la cabeza hacia atrás y luego me miró fijamente y dando un golpe seco en la

mesa con su mano decarnada, dijo: «los tendremos».

Sufría y no habló de sus dolencias, habló de aliviar el sufrimiento ajeno, el dolor anónimo del ser desconocido que nunca conocería.

Hacer el bien como un sport y de la vida una profesión de bondad, dirigir todas las actividades durante medio siglo a servir a los demás, cumpliendo mandato supremo, sin pedir ni esperar nada de nadie en este mundo: he aquí la impresión extraordinaria de esta primera visita al obispo.

Llegamos a la plaza, una banda militar tocaba un vals, nos confundimos con el gentío y oímos, sin oír, hablar de paseos, de negocios, de amores, de odios. Todos perseguían la solución del pequeño problema personal. En plazas y calles uno es para uno, uno es el principio y fin de todo y porque es así, unos chocan contra otros y la vida se transforma en una lucha despiadada, lucha que no por ser silenciosa es menos sin cuartel.

Recordé al obispo; éste santo varón, pensé; está fuera de la lucha, está sobre el campo de batalla y envié su perenne paz.

Me equivocaba.

El prelado pálido, exangüe, ligeramente encorvado, viejo y enfermo, era un luchador terrible y vivía en medio de la diaria pelea, guerreaba y cruzaba espada.

Luego habíamos de conocer sus victorias y contar su botín.

Visité el hospital, inmenso edificio con capacidad

para varios centenares de camas, y en la puerta una placa de bronce, me dijo que había sido fundado y construído hace treinta o cuarenta años por el sacerdote de ojos afebrados.

Una tarde entré al Asilo de la Providencia. En un edificio moderno, rodeado de jardines, se albergaban parvadas de niños; se les educaba, se les enseñaba una labor. Los vi pasar, correr, reír, las niñas con una cinta de color en el peinado, los niños con flamante delantal, bajo la vigilancia maternal de unas monjas de negro vestidas y de blanca toca.

El Asilo de la Providencia es el nido a la orilla del mar, donde se guarecen los hijos sin padres, de la pampa terrible.

Esta obra fué fundada y es mantenida por el obispo.

El Estado contribuye con dos mil pesos anuales y se gastan cien mil; los noventa y ocho mil restantes, caen de las manos huesudas que habían golpeado la mesa o de otras manos menos puras que se abrían cuando lo ordenaba el visionario de la biblioteca.

No lejos del Asilo de la Providencia, está el Asilo de los Ancianos, allí se refugian los viejos y viejas para quienes no hay refugio sobre la tierra.

Más allá está el Reformatorio. Después de la caída con el turbión de la juventud, la mujer puede de nuevo pisar la orilla y rehacer su vida en este remanso.

El Asilo de los Ancianos y el Reformatorio eran también obras del obispo.

Doquiera encontraba la huella de sus pasos y donde había pasado, como si hubiera sembrado divina semilla, brotaban: hospital, asilos, refugios, colegios...

¿Cuántos esfuerzos, sacrificios, luchas y pelea diaria significaban estas obras?

Volví a visitarle para despedirme y me confirmé en la idea que monseñor era el príncipe de la comarca. Pero no había sólo en él señorío espiritual, grandeza moral, aristocracia de alma, sino también una distinción externa, casi mundana.

Fino, elegante, envuelto en su manteo negro con ribete morado, calzado con hebilla, de trato fino, de ademán noble, de gesto ceremonioso, recordaba un abate de Trianon.

Hablaba con pulcritud, cuidaba del buen decir y denunciábase luego el intelectual. Leía en el texto original a Virgilio, Cicerón, Horacio; conocía la literatura moderna y poseía ese fondo profundo de cultura que casi sólo se adquiere cuando lentamente se va depositando sobre el espíritu, desde la niñez, junto con el despertar del intelecto, el polvo de oro impalpable del humanismo clásico.

Cultivaba la historia y cuidaba de la filosofía.

Era un gran señor; asceta, tenía la coquetería de cubrir su ascetismo con las exterioridades del hombre de mundo.

En su biblioteca, vivía largas horas a solas.

Al lado de la biblioteca estaba la Capilla. Decía su misa al alba, cuando aun no llegaba el día.

Allá abajo en la ciudad, muchos lo ignoraban, lo negaban y tal vez algunos lo odiaban.

El barco, al atardecer, abandonó el puerto y pregunté: ¿qué edificio era aquel blanco, enorme, sobre la bahía?, me contestaron: el hospital; y ¿aquél otro?—el Asilo de la Providencia: ¿y el de más allá?—el Asilo de los Ancianos; ¿y éste?—un colegio.

El Hospital, el Asilo, el Reformatorio, el Colegio... formaban una ancha faja blanca en los cerros café sobre la ciudad indiferente, la coronaban y la salvaban de los contagios y miserias, que el flujo humano de la pampa depositaba sobre sus playas, como las malezas, el mar.